

Mesa 18: “Africanos y asiáticos más allá de los límites continentales: migraciones, desplazamientos y comunidades transnacionales”.

Coordinadoras: TRINCHERI, Alcira (UNCo)/ CONTARINO SPARTA, Luciana (UBA)

Título: “Cuando los árabes llegan a Munich”.

Autor: ESPINOZA, Javier.

Pertenencia Institucional: Universidad Nacional del Comahue.

DN.I N°: 24.726.083.

E mail: raiderjavi@hotmail.com

Autoriza a publicar: Sí.

Introducción:

El objetivo del presente trabajo es realizar una aproximación referida a los sucesos acaecidos durante la celebración de los Juegos Olímpicos de Munich en el año 1972. Se considera pertinente iniciar una investigación relativa, dado que los hechos a los que se hace referencia se gestaron en un contexto previo cuyos aspectos sirvieron de factores que determinaron la política a seguir tanto por parte del Estado de Israel, el mundo árabe y (no menos importante) el mundo occidental.

Dado que los hechos a desarrollar ocurrieron en el marco de una competencia deportiva de una enorme convocatoria y una rica historia, creo oportuno realizar algunas apreciaciones acerca de la creación de la competencia en sí. Algunos de los valores que primigeniamente se pregonaban durante la celebración del evento deportivo serían posteriormente retomados con los Juegos Olímpicos de la modernidad, tales como la pluralidad de la manifestación deportiva propiamente dicha y el marco de paz en que debía desarrollarse el acontecimiento.

Acercas del porqué de esta consideración realizada, podrá percibirse que esos valores e ideas fueron drásticamente quebrantados durante los Juegos Olímpicos celebrados en Munich en 1972. Tales hechos se enmarcan en la conflictiva realidad que se vive en Medio Oriente desde tiempos antiguos, aunque hacia mediados del S XX recrudecería en intensidad y complejidad, puesto que la solución a la problemática territorial planteada desde ese entonces no puede avizorarse con claridad.

Los Juegos: desde la Grecia Antigua a la modernidad

Se tiene conocimiento que los primeros Juegos Olímpicos tuvieron lugar hacia el 776AC en Olimpia. Dichas competencias ecuménicas contenían a su vez una marcada impronta religiosa, por cuanto eran celebraciones realizadas en honor a Zeus. Por otra parte, durante el desarrollo de los mismos había una serie de prerrogativas a ser tenidas en cuenta por la totalidad de los participantes, so pena de ser ajusticiados si las reglas eran transgredidas. Veamos, pues, lo que Sara Yeomans expresa al respecto: *“El primer festival olímpico tuvo lugar hacia el 776AC en honor a Zeus. A través del estudio de la evidencia arqueológica se infiere que Olimpia era un lugar en el que se realizaban competencias atléticas desde épocas tan tempranas como el S XI AC. Hacia el 457AC, un gran templo fue construido en Olimpia en honor a Zeus, el patriarca de las deidades griegas”*¹. Como eventos ecuménicos que nucleaban en Olimpia a atletas de toda Grecia, la fundamentación de la justa deportiva tenía por finalidad el envío por parte de las ciudades componentes de la Confederación Helénica de sus mejores representantes en las diversas disciplinas que por la época se practicaban. En caso de regresar victorioso, el municipio del que fuese oriundo el atleta premiado se responsabilizaba de la manutención del atleta por el resto de sus días. Aunque la civilización griega le brindó a la humanidad un inconmensurable legado cultural, particularmente respecto a Occidente, sus prácticas sociales de la época se enmarcaban en las antípodas de lo socialmente aceptado en la actualidad. Prueba de ello lo constituye la prohibición de las mujeres de participar del evento, ya sea como competidoras o asistentes.

Empero, como aportes positivos que varias centurias más tarde serían retomados para ser incorporados dentro de la versión moderna de los Juegos Olímpicos, estaba lo que en griego se denominó *EKECHEIRI*. Dicha práctica se instituyó desde el principio de las celebraciones de las competencias, y consistía básicamente en la obligatoriedad para todos los participantes de respetar la paz durante el transcurso de los Juegos. En la praxis, implicaba una situación de tregua obligatoria de los conflictos que no podía ser violada bajo ninguna circunstancia, bajo apercibimiento de ser amonestado en caso de incurrir en falta. Ese marco de paz en el que se desarrollaban los Juegos Olímpicos de la Grecia Antigua fue posteriormente tomado y reelaborado por el creador de los Juegos modernos, siendo los mismos pensados como ejemplo de paz y confraternidad entre los atletas y naciones de diversas partes del planeta.

¹ Yeomans, Sara: “Nothing new under the sun” (Introduction). En: “The Olympic Games, how they all began”, p.6; Biblical Archaeology Society, 2008. En inglés en el original, traducción del autor.

Casi veinte siglos habrían de transcurrir hasta que finalmente el Barón Pierre de Coubertin reelaboró muchos aspectos de las competiciones deportivas celebradas en la Grecia antigua, para adaptarlos y así dar forma a la versión moderna de la justa: los Juegos Olímpicos de la actualidad. Empero, no fue una tarea fácil, ya que hubieron de sortearse algunos importantes obstáculos. En el plano social, la práctica de los deportes se circunscribía a las clases acomodadas. Con su idea original de lograr que los Juegos modernos fuesen más inclusivos socialmente hablando, Pierre de Coubertin era defensor del argumento a favor de masificar la práctica deportiva y no restringirla a las clases pudientes. De esta manera, yuxtaponiendo los conceptos de la nobleza de la práctica deportiva y los de igualdad social, reconociendo los beneficios consecuentes que la instrumentación de la sana competencia tendría para la humanidad toda, es que se llega al año 1894. En ese año se produce una reunión en la Universidad parisina de La Sorbona, a la que asisten delegados de las Federaciones Deportivas de catorce países, creándose formalmente el Comité Olímpico Internacional (COI). En ese Congreso queda elegido el primer Presidente del COI, función que desempeñaría el griego Demetrios Bikelas. Por su parte, el Barón Pierre de Coubertin fue electo para encabezar la Secretaría General de dicho organismo deportivo internacional.

Así es que, pasados dos años de la creación del COI, y tras superar diversas dificultades (organizativas, económicas y de variada índole), se llega a la inauguración oficial de la versión moderna de los Juegos Olímpicos, hecho concretado por el Rey Jorge I en el enorme estadio olímpico de Atenas; ante una concurrencia de aproximadamente setenta mil personas.

En estos primeros Juegos Olímpicos participaron 311 deportistas de once países, siendo un evento que en líneas generales no favoreció mayormente a la Delegación Griega, anfitriona del mismo. Empero, un atleta helénico lograría hacerse con el primer puesto, obteniendo la presea dorada en la competición atlética quizá más reputada de los Juegos: la maratón de 42 kilómetros; en la que fue coronado vencedor Spiridon Louis. La prueba fue incluida en los Juegos Olímpicos con la idea de recordar la heroicidad del soldado ateniense que en la antigüedad y tras el triunfo en la batalla de Maratón contra las fuerzas persas, recorrió la distancia de 42 kilómetros que separa a Maratón de Atenas, a efectos de dar cuenta de las buenas nuevas. Al finalizar su extenuante viaje, habiendo cumplido con la misión de reportar el éxito de los atenienses contra los persas, cayó muerto víctima del sobrehumano esfuerzo realizado.

Un poco de Historia

Gran parte de la población de la tierra se halla íntima y espiritualmente vinculada a la llamada Tierra Santa, particularmente respecto a un reducido sitio ubicado en la Ciudad Vieja de Jerusalén. A escasa distancia uno del otro, se encuentran tres sitios de primordial importancia para religiones que, en su conjunto, concentran aproximadamente a 3.500 millones de fieles en el mundo: la Cúpula de la Roca para el Islam, la Basílica del Santo Sepulcro para el cristianismo, y el Muro de los Lamentos para el judaísmo. En torno a esta peculiar ubicación de estos sitios sagrados, se desarrolla una pertinaz disputa entre el estado de Israel y la población palestina por el reconocimiento de estos últimos como nación soberana y por el control de recursos clave tales como el agua, la tierra (acaso el elemento más controversial) y aún derechos que en otras latitudes se dan por sentados, como el del goce de los beneficios de la ciudadanía y todo lo que ello implica: (libre circulación, derecho a voto, oportunidades laborales, educativas, etc). Debido a lo enconado de las diferentes posiciones, y dado a que por ello se llegan a los extremos de negar el reconocimiento mutuo del derecho mismo a la existencia, la pronta solución de la problemática en Medio Oriente está lejos de avizorarse. Son consideraciones como las realizadas precedentemente lo que lleva a mucha gente a afirmar que el conflicto en Medio Oriente no tiene remedio y que, en definitiva, los enfrentamientos entre palestinos y judíos datan de miles de años atrás. Empero, aunque según las Sagradas Escrituras ello sea así, la exégesis moderna de dicho problema puede situarse en el marco de las consecuencias que en el equilibrio geopolítico tuvieron las dos guerras mundiales. Más aún, existen precedentes que dan cuenta de intentos de poblamiento de la zona por parte de judíos provenientes de Europa finalizando el S XIX. La zona se hallaba bajo dominio del Imperio otomano y, debido al escaso interés de los gobernantes de dicho imperio, permanecía claramente como una zona marginal del mismo, por cuanto no había sido objeto de grandes atenciones por parte de los funcionarios imperiales, quienes dictaminaban las políticas a aplicar desde lejanas zonas; no dedicando mayores recursos a su desarrollo. Empero, la zona estaba siendo objeto del paulatino interés por parte de judíos europeos, quienes por razones diversas se dirigían a instalarse allí. Veamos lo que en tal sentido expresa Don Belt: *“Poco había cambiado a la vuelta del siglo XX, excepto que Palestina había comenzado a atraer un pequeño pero decidido flujo de inmigrantes del extranjero. Entre cerca de medio millón de árabes palestinos, creció una comunidad de alrededor de 55.000 judíos, muchos de ellos agricultores expulsados de Rusia. Algunos de los recién llegados eran partidarios del movimiento sionista del periodista*

húngaro Theodor Herzl (1860-1904), quien sostenía que la única forma en que los judíos estarían seguros era restableciendo su patria bíblica en los alrededores del monte Sion (Jerusalén) en Palestina”².

Como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, que confrontó a Alemania con su aliado el Imperio Otomano en contra de una coalición en la que se hallaban integrados Rusia, Estados Unidos, Francia e Inglaterra; las potencias europeas instrumentaron una serie de acuerdos de dudosa legitimidad, puesto que se trataba de conseguir el triunfo en la conflagración, aplicando para ello las medidas que se consideren oportunas. Ejemplo de ello es la conducta exhibida por Inglaterra, quien (a cambio del apoyo aportando recursos humanos para luchar contra los otomanos) prometió a la población árabe la posterior concesión de una extensión de tierra sobre la cual a futuro podrían reclamar potestad. Simultáneamente, y de manera subrepticia, se planificaba con Francia la posterior repartición de la zona en respectivas áreas de influencia; toda vez que el desarrollo tecnológico de la época resultó ser suficiente como para despertar el interés de tales potencias, en virtud de descubrirse que la misma constituía una incommensurable fuente de recursos hidrocarbúricos. En tal sentido, son interesantes las apreciaciones que al respecto hace el sociólogo y docente argentino Pedro Brieger: *“A raíz de la Primera Guerra Mundial el Imperio Otomano se desintegró y los franceses e ingleses tomaron control del Medio Oriente. Por medio de un tratado secreto –conocido como ‘Sykes-Picot’ por el nombre de los funcionarios que lo firmaron- en 1916 las dos potencias coloniales se repartieron la región. Su objetivo era el de ocupar los lugares geoestratégicos y los puertos, fundamentales para el comercio mundial cuando ya quedaba claro que la región era una fuente inagotable de petróleo. (...) Al concluir la guerra las potencias vencedoras trazaron líneas fronterizas de manera arbitraria que llevaron a la creación de casi todos los países que se conocen en la actualidad”³.*

Un año después de aquel tratado entre los representantes de las Relaciones Exteriores de Inglaterra y Francia, en el primero de ambos se estaba experimentando una presión *in crescendo* por parte de sectores sionistas influyentes de la sociedad londinense, en términos de conminar al gobierno británico para que se pronuncie a favor del establecimiento de un

² Belt, Don “Medio Oriente hoy. Una tierra aún agitada”, p. 84. En: *“Tierra Santa, encrucijada de fe y conflicto”*, National Geographic Magazine, Ed Televisa, México, 2010.

³ Brieger, Pedro. En: “El conflicto palestino-israelí, 100 preguntas y respuestas”, p.28. Colección *“Claves para todos”*, Dir Nun, José, Ed Capital Intelectual, Bs As, 2010.

hogar para el pueblo judío en tierras palestinas. Renglones arriba se mencionó el manejo diplomático de los representantes de las potencias europeas en términos de conseguir aliados para su causa entre los árabes. Simultáneamente a estos diálogos donde se les prometía una tierra y el formal reconocimiento de la independencia, también se daban negociaciones en términos análogos con su contraparte judía, ello incluso antes de que los Aliados garantizaran completamente el control de la región, aún cuando las fuerzas del Imperio Otomano no se habían replegado por completo de la zona. De esta manera, es notorio el nivel de pragmatismo evidenciado por los diplomáticos británicos, por cuanto se efectuaban tratados de similar tenor frente a actores que claramente se encontraban en las antípodas el uno respecto del otro. Así es como finalmente se llega a una fecha que es considerada de particular importancia para el sionismo, por cuanto marcó la primer referencia respecto a un eventual reconocimiento de la legitimidad de la presencia judía en la zona: El 2 de noviembre de 1917, el canciller británico Arthur James Balfour redacta una misiva destinada al Barón Lionel Rothschild, (un judío británico de renombre dentro de la actividad bancaria y el sector financiero inglés) a efectos de ser entregada al movimiento sionista; con el cual mantenía estrechos vínculos. Como datos relevantes del contenido de la misiva, estaba la promesa hecha por él en su carácter de Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de Su Majestad de tomar las medidas pertinentes tendientes a garantizarle al pueblo judío la legitimidad de un futuro asentamiento en Palestina. Menester es mencionar que, respecto a las poblaciones de otra raza o religión, se manifestaba la voluntad británica de no hacer ni favorecer la comisión de actos que pusiesen a la población no judía de la zona en situación de riesgo. A pesar que la escritura y conocimiento de esta carta no implicaba el reconocimiento explícito del gobierno de su Majestad de un Estado judío ni tampoco un compromiso legal de parte del ejecutivo británico, para los sionistas fue primordial, puesto que la misma fue tomada como una suerte de aval “oficial”: *“Representaba el primer reconocimiento oficial para su proyecto, y nada más y nada menos que de la potencia mundial más relevante de la época. De allí en más el movimiento sionista tomó la ‘Declaración Balfour’ como si ésta tuviera un visto de legalidad y les concediera legitimidad sobre Palestina”*⁴. La actitud asumida por los judíos, que daban por sentado que el contenido de la misiva legitimaba no sólo su presencia, sino también el avance sobre el territorio hasta entonces perteneciente a la población palestina; como así también el pronunciamiento británico favoreciendo de una u otra manera al sionismo, no hizo otra cosa que generar un descontento que se extendió por la comunidad árabe toda al sentirse

⁴ Brieger, Op Cit, p.30.

defraudados por Inglaterra. El resentimiento se fundaba en el incumplimiento británico de las promesas realizadas a la población árabe, malestar que se acrecentaba cuando los mismos remarcaban el hecho de que habían combatido codo a codo con los ingleses en su lucha contra los otomanos; y como respuesta comprobaban que los británicos terminaban favoreciendo a los judíos, los cuales en aquella época constituían aproximadamente sólo el 10 por ciento de la población asentada en Palestina. El mencionado fue sólo uno de una interminable cadena de sucesos que derivaron en el desencadenamiento de una violencia generalizada entre árabes, judíos y aún contra los ocupantes extranjeros de la región.

De esta manera, ante este cuadro que se mostraba en ocasiones por demás confuso, los sionistas vieron las condiciones propicias para asentarse. Así, si la inmigración judía a Palestina carecía de valores significativos antes de la Segunda Guerra Mundial, con posterioridad a ella aumentó exponencialmente. Como resultado, hacia 1947 se habían asentado en el dominio británico de Palestina alrededor de 630.000 judíos. Sobrecogidos por tamaño aumento de la presencia judía en una tierra que desde hacía siglos ocupaban, los palestinos comenzaron durante los tempranos años veinte con una campaña de levantamientos y convulsiones armadas que tenían por objeto revelar palmariamente su rechazo a esta situación que era percibida por ellos como potencialmente desventajosa. Posteriormente, entre 1936 y 1939, protagonizan un levantamiento tendiente a reforzar su propia posición y, consecuentemente, debilitar la posición sionista. Por su parte, los judíos tuvieron una intencionalidad similar, aunque desde luego contaban con mayores ventajas respecto a sus contrapartes palestinos, en virtud del apoyo evidenciado por potencias de fuste en el concierto internacional, además de los recursos que a la zona arribaban, provenientes de los más variados rincones de la diáspora. Empero, dentro de los altos estamentos de la comunidad judía de entonces no había consenso generalizado en términos de qué hacer con los árabes. Mientras que algunos se las arreglaron para almacenar armas y con ellas realizar ataques esporádicos contra las tropas de ocupación británicas y contra los árabes palestinos, otro sector judío creía en la necesidad de llegar a un acuerdo negociado. Si a ello se suma que en el plano internacional las condiciones hacían pensar en una nueva conflagración mundial, y que a Inglaterra el precio por ser la potencia ocupante en la zona se le estaba haciendo cada vez más oneroso, comprensible es, en tal sentido, la premura británica por hallar una salida a la problemática cuestión. Así es que en mayo de 1947 la recientemente creada Organización de las Naciones Unidas aprueba una Resolución que eximió de responsabilidad a Gran Bretaña sobre Palestina, al mismo tiempo que aconsejaba la división del territorio entre árabes y

judíos. Tras superar algunas dilaciones planteadas sobre todo en cuanto a la división territorial y la forma en que ésta habría de instrumentarse, finalmente el 29 de noviembre de 1947 la Asamblea General de las Naciones Unidas votó la Resolución 181 que dictaminaba la partición de Palestina en dos Estados. Obviamente, ello generó reacciones marcadamente contrapuestas: mientras que los judíos comprensiblemente se pronunciaron a favor de la partición (por cuanto se hacían acreedores de una extensión territorial que iba mucho más allá de sus expectativas), por parte palestina sucedía exactamente lo contrario. Al pueblo palestino se lo perjudicó notablemente, debido a que la partición territorial le sustruía buena parte de sus tierras como respuesta a eventos que ellos no habían provocado, cuestiones que los sionistas supieron hábilmente aprovechar. Aún estaban muy frescas en el imaginario colectivo del mundo las penurias sufridas por los judíos debido al régimen hitleriano, por ello entonces el apoyo al establecimiento de los judíos encontró respaldo de personajes relevantes como el Presidente de los Estados Unidos, Harry Truman; además de la colectividad judía con presencia importante en aquel país. De esta manera, el pueblo árabe reaccionó airadamente, por cuanto se les estaba haciendo pagar por un Holocausto que ellos no habían cometido, agravándose el malestar por decisiones que los afectaban directamente y por las cuales en ningún momento habían sido consultados. A título ilustrativo, considero importante destacar algunos datos que pueden dar cabal idea del resentimiento palestino y de los árabes en su conjunto: en el mencionado plan de partición de Palestina propiciado por Naciones Unidas, a los judíos (que por entonces constituían alrededor del 30 por ciento de la población asentada en la zona) se les adjudicó el 55 por ciento del territorio; ocasionando la lógica reacción de los árabes, quienes se pronunciaron reiteradamente en contra de esa situación. Consecuentemente, se generó una situación de tensión progresiva, que acabó por desatar enfrentamientos abiertos entre judíos y palestinos hasta derivar en una guerra entre las fuerzas del recién creado Estado de Israel (reconocido como tal a partir del 30 de noviembre de 1947) y sus vecinos árabes. Veamos, pues, lo que al respecto arguye Helena Cobban sobre el enfrentamiento en sí y sus posteriores resultados que tendrían incidencia en el esquema geopolítico regional: *“A medida que las tropas británicas se marchaban del país, acción que se desarrolló durante las semanas previas a mayo de 1948, las batallas entre las comunidades árabe y judía de la región se intensificaron. Cinco ejércitos árabes se lanzaron sin orden ni concierto en ayuda de los árabes palestinos pero su intervención resultó ser un fiasco; el número total de soldados árabes alistados sólo ascendía a 24.000. (...) cada uno de los gobiernos árabes*

implicados tenía en mente sus propias ambiciones territoriales (...) la coordinación entre los ejércitos árabes y los grupos de resistencia palestinos fue mínima”⁵.

Puede decirse sin albergar temores de ninguna índole que esta derrota en el plano militar trajo aparejadas profundas consecuencias tanto para uno como el otro bando. Por parte israelí, sirvió para que ese Estado incrementase sustancialmente su patrimonio territorial, ya que a partir del cese al fuego Israel quedó en posesión efectiva de aproximadamente el 80 por ciento del territorio de Palestina, salvo la Franja de Gaza (que quedó bajo control de Egipto) y Cisjordania y el sector este de Jerusalén (bajo control jordano). Ello referido a la conformación territorial de Israel, que iba progresivamente en aumento. Ya en un plano mental y de identidad colectiva, la victoria militar fue celebrada en Israel, comenzándose a instalar en el imaginario colectivo de esa joven nación una idea de superioridad sobre sus vecinos árabes en general (y sobre los palestinos en particular) que se reforzaría imponiéndose nuevamente en las guerras que sobrevendrían algunos años más tarde.

Para los palestinos, por su parte, las consecuencias de la derrota fueron desastrosas: a la cadena interminable de perjuicios que causaba la pérdida de más de la mitad del territorio sobre el que se asentaban desde hacía siglos, se le sumó un problema adicional, puesto que a partir de la victoria israelí, quedaban bajo jurisdicción de aquel país (como así también de Jordania y Egipto) centenares de miles de palestinos. De esta manera, aproximadamente 750.000 palestinos quedaron bajo control de otros países, convirtiéndose en refugiados. La consolidación de esa situación caló hondo en el imaginario colectivo palestino. Tan hondo caló esta derrota y sus nefastas consecuencias que aún hoy, a más de sesenta años de aquellos hechos, todavía se recuerde ese revés militar como un momento pernicioso pero a la vez cohesivo para el pueblo palestino; puesto que se refieren a ella como la *Nakba*, expresión árabe que significa “la catástrofe”.

El surgimiento de la OLP y la Guerra de los Seis Días

La guerra de 1967 complejizó aún más el conflicto árabe israelí, y su impronta dejó secuelas de tal entidad que bien puede referirse a ella como un momento que generó las condiciones propicias para el surgimiento de nuevos actores sociales, teniendo en ello la Organización para la Liberación de Palestina un rol preponderante. Respecto a dicha

⁵ Cobban, Helena “La OLP en la década de 1980” (Introducción), p.32. En: “*La Organización para la Liberación de Palestina*”, F.C.E, México, 1989.

organización, considero oportuno hacer una breve referencia respecto a los motivos que dieron pie para su irrupción en escena.

Previamente hice mención acerca de las desfavorables consecuencias que para los árabes en general y los palestinos había tenido la derrota en la guerra de 1948-1949: los campamentos de refugiados en diversas áreas proliferaron, como así también dentro de la vasta población de refugiados crecía la esperanza de que en algún momento futuro los países árabes supieran capitalizar los errores cometidos en la guerra, y tomar las medidas oportunas tendientes a triunfar en un nuevo conflicto. En otras palabras, dentro de los grupos de refugiados se esperaba que los países árabes pudiesen imponerse a Israel, liberando así los territorios ocupados de Palestina, para que a continuación la población de ese origen que se encontraba dispersa pudiese retornar a sus hogares; instalándose nuevamente en la tierra que les había sido sustraída. A su vez, promediando la década de los '50, se iban conformando organizaciones que tenían como fin lograr la liberación de Palestina. Ejemplo del surgimiento de tales grupos es la fundación en 1959 en Kuwait de una organización conocida como *Al Fatah* (Movimiento para la Liberación de Palestina) cuyo líder fue un personaje por demás significativo en la historia de Oriente Medio, particularmente de la segunda mitad del S XX en adelante: Yasser Arafat. Ello sin dejar de considerar el importante papel del Presidente egipcio de aquel entonces (Gamal Abdel Nasser), quien gobernaba el país desde 1952 tras imponerse a la monarquía egipcia; mientras que (y no por ello menos importante para el panorama geopolítico de la región) también se sucedía en Argelia un enfrentamiento entre las tropas coloniales francesas y el Frente de Liberación Nacional. De esta manera, por aquellos días campeaba en los países árabes una idea de nacionalismo, un panarabismo que tenía como su máximo referente a Gamal Abdel Nasser. El nacionalismo árabe que se estaba gestando era antagónico de las formas de dominación coloniales, y de cualquier plataforma gubernamental en la que el pueblo árabe quedase sometido; por ello es que, casi por decantación, dentro de las proclamas que se elaboraban por aquellos días, la figura del Estado de Israel también era objeto de atención, pues era visto como un enemigo al que había que derrotar. Así se llega a una cumbre convocada por la Liga Árabe en el sector oriental de Jerusalén, cuyos países integrantes determinan la creación de la OLP en enero de 1964, adquiriendo entidad formal cuatro meses después bajo la presidencia de Ahmed Shuqairy.

Mientras tanto, la atención de la dirección de *Al Fatah* se hallaba centrada en los aprestos para el inicio de la lucha armada contra Israel, fase que finalmente culminaron llegado el 1 de enero de 1965. A partir de allí, y por espacio de cuatro años, el grupo liderado por Arafat protagonizó diversas acciones armadas contra Israel, asumiendo *Al Fatah* (secundado por

otras organizaciones palestinas) la conducción de la OLP como consecuencia de la pérdida de consenso entre la población árabe de sus respectivos gobiernos; quienes nuevamente fueron derrotados por las fuerzas israelíes en la guerra de 1967. Interesantes son las apreciaciones que al respecto (puntualizándose en la consolidación de la figura de Arafat como referente palestino) plasma Helena Cobban: *“Pero no fue sino hasta 1969, en la secuela de la derrota y desprestigio de los Estados árabes en la guerra de 1967 en Medio Oriente, cuando el Fatah y otras agrupaciones palestinas (...) se sintieron lo suficientemente fuertes como para asumir la dirección del aparato de la OLP; entonces Yasser Arafat, quien por primera vez había aparecido ante la opinión pública apenas un año antes como ‘vocero oficial’ del Fatah, fue elegido presidente del Comité ejecutivo de la OLP”*⁶.

Por otra parte, hacia fines de 1966 todo hacía pensar que los tambores de guerra nuevamente estaban crepitando en el Oriente Medio, una nueva conflagración que volvería a enfrentar a los ejércitos árabes con su contraparte israelí. Entre los factores que incidieron para que ello suceda, no puede soslayarse la llegada al poder en Siria de los sectores más radicalizados del partido Baas. De hecho, desde Siria misma partían las voces más proclives al desencadenamiento de un conflicto. Hacia mediados de mayo de 1967, el gobierno egipcio solicitó a la ONU el repliegue de los cascos azules que se encontraban asentados en la zona del canal de Suez, una fuerza multinacional que (entre otros puntos que pueden considerarse también como propiciantes del conflicto) se encargaba de garantizar la navegación por los accesos que anteriormente habían sido cerrados por Nasser en su momento. Tras el fin del conflicto de 1956, la ONU asentó observadores militares en Gaza y Sharm El-Sheik a efectos de asegurar la circulación en el Golfo de Akaba, siendo Israel beneficiado con ello, puesto que la fuerza multinacional así permitía que el puerto israelí más importante de la zona (el de Eilat) pudiese cumplir sus funciones. Henry Laurens describió sucintamente lo que se proponía hacer el presidente egipcio por aquellos días: *“Siempre con el objetivo de volver a la situación anterior a la crisis de Suez, Nasser dio un nuevo paso: el 22 de mayo cerró el estrecho de Tiran, que separa el Golfo de Akaba del Mar Rojo. El país estaba dispuesto a correr el riesgo de una guerra y pensaba que su ejército tenía los medios para enfrentar al enemigo si éste atacaba”*⁷. Empero, la conducción tanto del Ejecutivo como del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas Egipcias incurrieron en una serie de errores que a posteriori les harían pagar un oneroso tributo a manos de sus contendores israelíes. En resumidas líneas

⁶ Cobban, Ob Cit, p.38.

⁷ Laurens, Henry; “La Guerra de los Seis Días. Errores tácticos, choques de estrategias”, p. 23. En: *Le Monde diplomatique*, Ed Capital Intelectual, N° 96, Bs As, 2007.

trataré de dar una breve enunciación de los mismos. Egipto bajo la conducción de Nasser cometió un grave error estratégico al subestimar al enemigo: El Alto Mando Egipcio creía erróneamente en que la capacidad militar israelí no le permitiría emprender una campaña militar sin ayuda exterior. Efectivamente, Israel sí lo hizo, toda vez que en aquellos días su aliado más importante en el esquema geopolítico de la región (Estados Unidos) se hallaba enfrascado en el conflicto de Vietnam. Por otra parte, esta equivocación se fundaba en la errónea creencia de que para Israel era necesario el apoyo militar de países como Estados Unidos e Inglaterra. En realidad, para que los Israelíes emprendiesen una campaña militar contra sus vecinos árabes sólo era necesario que contaran con el respaldo político y no de intervención directa por parte de sus mecenas europeos o estadounidenses.

Finalmente, y tras una serie de preparativos israelíes que posibilitaron que sus Fuerzas Armadas tomaran a sus enemigos árabes completamente por sorpresa (donde tuvieron a tal efecto un rol preponderante los servicios de Inteligencia), el 5 de junio de 1967 se produce la ofensiva de Israel. Tras una serie de fulgurantes victorias que marcaron la derrota contundente de la aviación egipcia (en tan sólo 72 horas la Fuerza Aérea Egipcia perdió aproximadamente unas 450 aeronaves), las fuerzas israelíes llegaron a las márgenes del Canal de Suez. De esta manera, pudieron asegurar la navegación marítima por el Golfo de Akaba; logrando asimismo que Egipto aceptase las condiciones del cese al fuego expresado por la ONU. Simultáneamente, la victoria israelí sobre sus enemigos jordanos permitió que los primeros ocupen la Ciudad Santa de Jerusalén de manera total, además de hacer lo propio con Cisjordania; siendo estos territorios que habían quedado bajo jurisdicción jordana tras el plan de partición de Palestina impulsado por la ONU en 1947. Respecto a las acciones desarrolladas en la frontera siria, no fueron demasiadas hasta el 9 de junio, cuando las fuerzas israelíes iniciaron el avance sobre las Alturas del Golán que dominan Galilea; prolongándose los combates hasta el día siguiente. Tanto Egipto, como así también siria y Jordania perdieron importantes extensiones de territorio, constituyéndose tal circunstancia en una cuestión particularmente humillante para los árabes, al ser nuevamente derrotados. Así las cosas, dentro de la población palestina como también dentro de las sociedades de los países que llevaron la peor parte en la guerra, comenzó a generarse un sentimiento de revancha que sería el puntapié para el conflicto que sobrevendría seis años después (1973) con la apertura de hostilidades en la llamada Guerra del *Yom Kippur*. El cese de las hostilidades dejó un saldo enormemente positivo para Israel, por cuanto se hizo posesor de casi cinco veces más territorio que el obtenido tras la primera guerra contra lo árabes, y siete veces la cantidad que le fuera adjudicada en el reparto auspiciado por la ONU. Dentro de los territorios obtenidos

(aproximadamente 70.000 kilómetros cuadrados) se hallaba una población que rondaba alrededor del millón de árabes, lo cual no dejaba de ser un problema para Israel respecto a las complicaciones generadas por tener en zonas bajo su jurisdicción a una población árabe particularmente numerosa.

Por parte de la ONU, en noviembre de 1967 la Asamblea aprueba unánimemente la sanción de la Resolución 242. No obstante, el texto mismo de la Resolución adolecía de ambigüedades que oportunamente serían aprovechadas por los diplomáticos israelíes, en términos de dilatar cuanto fuese posible cualquier reunión o medida que los conminase a devolver el territorio ganado en la batalla. Así, el texto podía tener un sinnúmero de interpretaciones: no quedaba palmariamente claro si Israel debía retirarse o no de las zonas ocupadas, aunque a su vez se alentaba al restablecimiento de zonas fronterizas seguras que sean aceptadas por todas las partes. De todas maneras, en el plano diplomático se llegó a un momento en el que las negociaciones se habían estancado, debido fundamentalmente a la negativa de cada una de las partes del conflicto a realizar concesiones: los árabes sostenían la inevitabilidad del retiro de las tropas israelíes como paso previo e indispensable para el sostenimiento de cualquier tipo de negociaciones futuras. Por su parte, los israelíes sostenían la idea de mantener negociaciones directas con las partes implicadas en el conflicto, a fin de evitar que las llamadas superpotencias concertasen algún tipo de pacto y les fuese oportunamente impuesto a ellos.

Septiembre Negro irrumpe en escena

Las interpretaciones que pueden realizarse acerca de la derrota de los países árabes a manos de Israel pueden ser variadas, dependiendo de la perspectiva de cada observador. Sin embargo, hay una serie de secuelas que son incontestables.

Como uno de los primeros puntos que acerca de esta cuestión ha de abordarse, menester es decir que la plataforma ideológica impulsada por el nasserismo perdió ampliamente el predicamento que hasta entonces gozaba en la población árabe, toda vez que era manifiesta la incapacidad que habían evidenciado los diferentes gobiernos de proteger a los palestinos en particular y los árabes en general del expansionismo israelí. Ello sin mencionar las ambiciones territoriales específicas de cada gobierno, cuyo incumplimiento generó alteraciones en la gobernabilidad de cada uno de los países.

Para los palestinos en particular, la derrota de 1967 y la ya mencionada incapacidad de los países árabes de secundarlos en su enfrentamiento por el retorno a la tierra que sostenían con

Israel, hizo que paulatinamente se instalase en el imaginario colectivo palestino la idea de hallarse solos en el enfrentamiento que sostenían contra Israel. De todas maneras, nuevos elementos incrementarían la ya de por sí complicada realidad geopolítica del Medio Oriente. Como consecuencia de la derrota, muchos palestinos se vieron en la obligación de emigrar hacia vecinos países, siendo Jordania quien a fines de la década de los ´60 albergaba uno de los conjuntos de refugiados palestinos más grandes. Allí, estando aún frescas las imágenes de la derrota, las organizaciones armadas que ya desde principios de la década venían sosteniendo esporádicos enfrentamientos con Israel encontraron una gran fuente de recursos humanos. En tal sentido, las apreciaciones realizadas al respecto por Gilles Kepel son por demás reveladoras: *“Al convertirse en los protagonistas de su propio destino y encarnar la resistencia árabe contra Israel después del fracaso militar de los Estados, los palestinos poblaron el imaginario nacionalista que el nasserismo apenas conseguía movilizar, sobre todo entre los estudiantes. Pero la tensión entre estas organizaciones, instaladas en los campos de Jordania y el rey Hussein desembocó en un enfrentamiento sangriento, en septiembre de 1970, el Septiembre Negro de la resistencia, durante el cual los palestinos sufrieron el mayor número de pérdidas de su historia reciente”*⁸.

Frágil era, pues, la situación de Jordania bajo tales circunstancias. Tanto para la conducción e integrantes de Al Fatah como también de los grupos más radicalizados, el hecho de que los palestinos fuesen demográficamente mayoritarios dentro de la población jordana les hizo asumir que Jordania era su propio país. Por lo tanto, las diversas organizaciones armadas palestinas se creían en libertad de lanzar desde allí ataques contra Israel, como así también juzgaban como legítima su pretensión de tener ingerencia en los asuntos políticos internos de Jordania; actuando políticamente en su intento de lograr allí el establecimiento de un Estado republicano y socialista. Estas pretensiones eran realmente amenazadoras para el gobierno del rey Hussein, debido a su particular posición dentro de aquel concierto de naciones: era aliado de Estados Unidos en la región, mientras que a su vez Jordania cobijaba a las milicias que actuaban contra Israel. Dentro de las mismas, había sectores que ya se pronunciaban abiertamente por su caída. Si a ello le sumamos que Israel no permanecería de brazos cruzados toda vez que siguiese siendo blanco de los periódicos ataques palestinos lanzados desde territorio jordano, llevando a cabo la respuesta militar consecuente sobre Jordania; es un tanto más comprensible la actitud de la monarquía hachemita de Hussein al

⁸ Kepel, Gilles; “Sobre los escombros del nacionalismo árabe: 1967-1973”, p. 97. En: *“La Yihad: expansión y declive del islamismo”*, Ed Península, Barcelona, 2000.

llevar a cabo la sangrienta represión de Septiembre de 1970, cuya particular virulencia dio origen a la organización armada “Septiembre Negro”. Esta violencia jordana contra los palestinos agregó más fanatismo a quienes se oponían al gobierno del rey Hussein. Por otra parte, marcaba también el enfrentamiento entre hermanos árabes, lo cual motivaría que no fuese una personalidad judía sino jordana la víctima de la primera acción armada de “Septiembre Negro”: *“La primera operación de ‘Septiembre Negro’ se produjo en noviembre de 1971, al asesinar en El Cairo al Primer Ministro jordano Wasfi Tal”*⁹.

Esta organización estaba liderada por un primo de Arafat, el cual con el tiempo demostró poseer grandes cualidades como líder y estrategia en el planeamiento de acciones armadas: Ali Hassan Salameh. Claire Sterling nos aporta algunos interesantes detalles sobre la vida de este personaje: *“Hassan Salameh, conocido en el medio como ‘Abu Hassan’ estaba intensamente comprometido con la Resistencia Palestina puesto que su padre saltó sobre una bomba del Hagana judío en 1948. Era la personalidad más cautivante del movimiento, muy bien parecido e irresistible para las mujeres, inmensamente rico y deseoso de vivir bien, comunicativo, inteligente, encantador, instruido en la Sorbona y recibido con afecto en los mejores salones sociales de vanguardia de todo el continente”*¹⁰. A ese carisma por todos reconocido, se le agregaba una soberbia capacidad de planeamiento de operaciones arriesgadas, siendo tal cualidad enormemente apreciada dentro del movimiento de resistencia palestino. Por razones obvias, también era intensamente reconocido por Israel, que lo colocó como blanco prioritario de su Mossad, el Servicio de Inteligencia Israelí encargado de la realización de acciones encubiertas en el exterior.

Aunque no la única ni la primera, la acción más famosa de Septiembre Negro fue el atentado cometido contra los atletas que eran parte de la Delegación Israelí participante de los Juegos Olímpicos celebrados en Munich en el año 1972. Ahora bien, cabe preguntarse el porqué de la determinación de la OLP y las organizaciones nucleadas en su seno de llevar adelante acciones armadas como medio de lucha por alcanzar sus reivindicaciones, además de ser también una forma de dar a conocer lo que les sucedía. Para la conducción de la OLP, un interrogante a resolver (cuestión pendiente aún hoy en algunos aspectos) era la cuestión de cómo lograr el reconocimiento de sus derechos como nación, toda vez que el resto del mundo se había asentado la noción de “refugiados”. La consecuencia inmediata del asentamiento de tal idea es la dificultad creada en torno al análisis de la situación de un conjunto de personas a

⁹ Anzit Guerrero, Ramiro; “Munich 1972, el cambio de un paradigma”, p. 27. En: *“Terrorismo: análisis de un condicionante crítico del Tercer Milenio”*, Ed Centro Argentino de Estudios sobre Terrorismo, Bs As, 2005,

¹⁰ Sterling, Claire; “Los palestinos llegan a Europa”, cap 7, p. 130. En: *“Terrorismo, la red internacional”*, Ed Lasser Press, Bs As, 1982.

quienes todos se refieren como “refugiados”, debido a que se pasa por alto que llegan a tal condición en virtud de haber sido despojados previamente de aquellos elementos indispensables para la conformación de una Nación y la ciudadanía que le es propia: territorio, leyes, educación, libertades laborales, de credo, de circulación, económicas, entre tantas otras. De esta manera, así las cosas, pocos en el mundo le daban a los palestinos la entidad de pueblo; haciendo más difícil para estos la recuperación de los derechos perdidos. Como respuesta a ese cuadro de situación, que claramente dejaba al pueblo palestino en manifiesta desventaja, la OLP empleó una dinámica operacional similar en muchos aspectos a la empleada por diversos movimientos de liberación nacional en el Tercer Mundo. La misma implicó el comienzo de una serie de espectaculares acciones armadas, tendientes a golpear a Israel y sus aliados allí donde se presentase la ocasión. De esta manera, el secuestro de aviones de línea israelíes fue un recurso corriente a inicios de la década de los '70. Aunque fuesen condenados por la muerte de civiles inocentes, lograban que sus reivindicaciones estuviesen en boca de todo el mundo; obteniendo por otra parte el realce de su imagen de una manera sin precedentes dentro de la sociedad árabe, quien se refería a los “*fedayines*”¹¹ como héroes, porque ante el fracaso de los Estados eran los únicos que en apariencia parecían determinados a proseguir la lucha contra Israel. Richard Clutterbuck da cuenta de las consecuencias que tuvo el atentado perpetrado por Septiembre Negro en Munich 1972: “*La publicidad que se le dio al atentado de Munich fue enorme y se estima que 500 millones de personas presenciaron el acontecimiento por televisión en todo el mundo. Aunque a la mayoría de los televidentes debe haber repugnado el espectáculo, muchos de ellos deben haberse enterado por primera vez de la causa de los palestinos y un reducido porcentaje debió simpatizar en cierta medida con ella*”¹².

Conclusión

Las particularidades de la política internacional son determinantes en la conformación de organizaciones que, motivadas por razones diversas (religiosas, políticas, raciales, etc) llevan a cabo acciones armadas en el marco del enfrentamiento sostenido contra algún Estado antagónico. En este caso particular, las acciones de Septiembre Negro en los Juegos de Munich en 1972 dieron por tierra con las motivaciones originales de los Juegos Olímpicos

¹¹ *N del A:* Término árabe bajo el cual se identifica al miembro de una organización armada que lucha por la libertad, teniendo además una impronta antiimperialista.

¹² Clutterbuck, Richard; Guerrilleros y Terroristas, p. 133, FCE, México, 1981.

celebrados en la Grecia Antigua hacia el Siglo VII AC. Se rompió con el marco de paz propuesto por los creadores helénicos de los Juegos, el denominado *EKECHEIRI*. Aunque las acciones armadas que dejaron como saldo la muerte de once atletas israelíes y varios palestinos generaron el universal rechazo por el deceso de inocentes, también pusieron sobre la mesa de debate el problema palestino y la política expansionista israelí; que colocó tras el triunfo hebreo sobre sus vecinos árabes a todo un pueblo bajo dominio de facto, perdiendo los palestinos la práctica totalidad de sus derechos de existir en su tierra como pueblo y nación soberana. Al haberse radicalizado las posturas tanto de uno como de otro sector en disputa, sumando la ingerencia que tuvieron potencias coloniales antes y Estados Unidos ahora dentro del esquema geopolítico de la región, además de la influencia de la religión en los árabes (con el surgimiento de grupos islamistas contrarios al manejo de la cuestión hecho por los Estados árabes hasta la actualidad), como así también dentro de Israel la permanencia de sectores que sistemáticamente dilatan cualquier proceso de negociaciones (donde el sionismo tiene una gran influencia desde la formación de Israel como nación); las posibilidades de ver a Oriente Medio en un marco de paz, donde tanto árabes como israelíes coexistan en armonía, considero que son lamentablemente muy lejanas.

Bibliografía empleada:

- YEOMANS, Sara: “Nothing new under the sun” (Introduction). En: “The Olympic Games, how they all began”; Biblical Archaeology Society, 2008. En inglés en el original, traducción del autor.
- BELT, Don: “Medio Oriente hoy. Una tierra aún agitada”. En: “*Tierra Santa, encrucijada de fe y conflicto*”, National Geographic Magazine, Ed Televisa, México, 2010.
- BRIEGER, Pedro: “El conflicto palestino-israelí, 100 preguntas y respuestas”. Colección “*Claves para todos*”, Dir Nun, José, Ed Capital Intelectual, Bs As, 2010.
- COBBAN, Helena: “La Organización para la Liberación de Palestina”, F.C.E, México, 1989.
- KEPEL, Gilles: “La Yihad: expansión y declive del islamismo”, Ed Península, Barcelona, 2000.
- LAURENS, Henry; “La Guerra de los Seis Días. Errores tácticos, choques de estrategias”. En: *Le Monde diplomatique*, Ed Capital Intelectual, N° 96, Bs As, 2007.
- ANZIT GUERRERO, Ramiro: “Terrorismo: análisis de un condicionante crítico del Tercer Milenio”, Ed Centro Argentino de Estudios sobre Terrorismo, Bs As, 2005.
- STERLING, Claire: “Terrorismo, la red internacional”, Ed Lasser Press, Bs As, 1982.
- CLUTTERBUCK, Richard; Guerrilleros y Terroristas, FCE, México, 1981.